Manuel González de Lara y Alfonso Plana Camacho

Predicar con el ejemplo

JUGUETE CÓMICO

en un acto y dos cuadros, en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

Al único Crítico de Teatros de "La Correspondencia de España" Don Rafael Solís en prueba de admiración de

Los autores

PREDICAR CON EL EJEMPLO

PREDICAR CON EL EJEMPLO

JUGUETE CÓMICO

en un acto y dos cuadros, en prosa

ORIGINAL DE

Manuel González de Lara y Alfonso Plana Camacho

Estrenada con extraordinario éxito en el TEATRO MADRILEÑO de Madrid, la noche del 29 de Julio de 1909



MADRID

G. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1909

A la sin par belleza asturiana Srta. J. G. A., en testimonio de admiración, le dedican esta pequeña prueba fotográfica.

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
GLORIA SUSINI................	SRTA. GÓMEZ FERRER.
CARMEN SUSINI...............	SRA. VALERO.
JUANA MARÍA..................	SRTA. BEAS.
SOLEDAD......................	GÓMEZ LABXÉ
DOÑA CIRIACA	SRA. ORDOÑEZ.
UNA FLORISTA................	SRTA. LAHOZ.
DON FILOMENO...............	SR. NORRO.
ENRIQUE.......................	GÓMEZ FERRER.
DON RICARDO.................	PIGRAU.
TRINITO....................... UN CAMARERO.............	APARICIO.
PEDRO ROBLES...............	GUERRERO.
JOAQUÍN ROSALES............	DEL CID.
EL COSTURONES.............	CALVERA.
JUAN FRANCISCO............	PERCHICOT.

La acción en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor



ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

La escena representa un gabinete fotográfico; Divanes, sillones, soportes artísticos, fondos con retratos, fondo en bastidor que representa la playa, con horizonte; máquina fotográfica con trípode, cubierta con un paño ó tela negra. Al fondo puerta de comunicación con la sala de espera; esta puerta es de cristal, con timbre que suena al abrir ó cerrar. A la derecha dos puertas practicables. A la izquierda, una que conduce á la Cámara obscura. Es por la mañana.

ESCENA PRIMERA

JOAQUIN, PEDRO y TRINITO

Al levantarse el telón aparecen sentados los dos primeros que acaban de llegar. Sale Trinito por la puerta de la izquierda

JOAQ. (A Trinito.) ¿Y don Ricardo?

TRIN. Acabando de vestirse. Que los dispensen ustedes que sale en seguida.

JOAQ. ¡Vaya un dormilón! ¿Pero es que no van á venir esos señores?

TRIN Supongo que sí: pero ya sabe usted las costumbres de estos artistas de teatro en donde la puntualidad es desconocida.

PEDRO (A Joaquín.) Mira que sería un bromazo que después del madrugón no vinieran.

TRIN. ¡Jesús! Llama usted madrugar á levantarse á las once de la mañana?

PEDRO Para quién como nosotros se acuesta siempre después de las tres...

TRIN. ¡Qué atrocidad! No comprendo donde estatarán ustedes hasta esa hora.

PEDRO (A Joaquín.) No conviene decírselo, ¿verdad?

JOAQ. Sí, no sea que vaya él esta noche.

TRIN. ¡Buenos están ustedes! porque á mí que no me digan, la puntualidad con que asisten en cuanto don Ricardo les anuncia que han de venir artistas, no es puramente... artística.

PEDRO ¡Claro que no! Algo hay de... amor al arte... pero al arte escultórico precisamente.

TRIN. Conque, escultórico, ¿eh? ¡No está usted mal escultor! Ya le gustaría á usted una colección de postales que se hizo el otro día la mayor de las Sussini en el couplet de los biberones. Está archi-super-recalcitrante.

PEDRO Hay que decir á don Ricardo que nos enseñe esas postales.

ESCENA II

DICHOS y DON RICARDO

RIC. Buenos días, señores. (A Pedro.) ¿Cómo va?

PEDRO Perfectamente.

RIC. ¿Qué dice, Joaquín?

JOAQ. Nada, don Ricardo. Que creímos no poder venir.

RIC. ¿Cómo eso?

JOAQ. Asuntos de honor.

RIC. ¿De duelo andáis? (En tono de broma.) ¡Vive Dios que me asustáis, señor marqués! ¿Qué ha sido ello?

JOAQ. Pues nada. El imbécil de Rafaelito Pastor que tuvo anoche unas palabras con Enrique en la reunión de Fuenteseca. Luego en la calle casi vinieron á las manos... y alguna

barbaridad hubieran hecho si á Enrique no se le ocurre nombrarnos á éste y á mí sus representantes. Como puede usted imaginarse, nosotros desde un principio dimos al asunto un giro completamente sicalíptico, y no sin trabajo pudimos conseguir que se verificase el lance en casa de Rosita López. Los disparos se oyeron en San Petersburgo.

RIC. ¡Qué atrocidad! ¿Pero fué á pistola?

JOAQ. No, elegimos un arma más usada: la socorrida botella de Champagne, que disparada repetidas veces por ambos contendientes, dió lugar á que cuantos presenciamos el duelo, disfrutaramos de lo lindo. (Don Ricardo se ríe.) No te rías. ¡Cuántos duelos hay de esta clase que la galería toma en serio!

RIC. ¡Buena idea fué la de Enrique! Y á propósito de Enrique, ¿sabéis lo que me han dicho? Que aquella novia que tuvo el año pasado, una tal Soledad, se ha vuelto á arreglar con él.

PEDRO Pues si es así, Dios quiera que no se entere de lo de la otra, porque esa Soledad creo que es de las de melena en pecho.

RIC. La verdad es que Gloria es buena muchacha; no merece estas perrerías.

PEDRO Parece que se ha oído la puerta.

JOAQ. ¿Serán ellos?

(Se levantan y van hacia la puerta del foro con espectación.)

ESCENA III

DICHOS, JUANA MARÍA, JUAN FRANCISCO y después TRINITO. Al entrar suena el timbre de la puerta del fondo y no se atreven á entrar. Quedan un momento al forillo hasta que apercibido don Ricardo, dice:

RIC. Entre usted sin cuidado, amigo.

(Entran con azoramiento y extrañeza, cogiendo la puerta por el cierre. Ella saluda á todos muy cómicamente.)

J. FRAN. Buenos días tengan ustedes. ¿Es aquí la fotografía que pone abajo el letrero?

RIC. Sí, señor. ¿Qué desean ustedes?

JOAQ. (Aparte á Perico.) ¡Vaya un par de calandrias! Creo que se vé que esto es una fotografía. Ahora me explico el anuncio famoso: «Relojería de Hernández. No confundirse con la carnecería de al lado.»

RIC. (Mostrándoles unas fotografías) Aquí entre estos tamaños y modelos pueden elegir el que más les guste; al dorso tienen los precios. (Se dirige hacia la máquina y comienza los preparativos.)

J. MAR. (Aparte á Juan Francisco.) ¿Qué ha dicho del dorso?

J. FRAN. Que en el dorso tiene el precio. ¿Qué será eso del dorso?

J. MAR. Yo he oído decir que el dorso es la espalda, pero como todos están retratados de frente. (Joaquín y Perico mientrns el aparte anterior comentan en voz baja los trajes de ambos y ríen de los mismos. Don Ricardo llama á Trinito, que hace gestos cómicos al ver al matrimonio, para darle bajo algunas instrucciones.)

RIC. ¿Por cuál se deciden ustedes?

J. FRAN. (Mostrándole uno de ellos.) Esta parejita de baile no está mal del todo. ¿Verdad, Juana María?

J. MAR. Sí, sí, Juan Francisco. Ya sabes que mi gusto es tu gusto.

JOAQ. (Aparte á Perico.) ¡Ay, qué gusto!

J. MAR. Usted disimule, pero como somos recién casados...

JOAQ. (Aparte á Perico.) ¿Qué retrato les habrá gustado? ¡Ah! es el de Enrique y Gloria, el que se hicieron la tarde de la broma. ¡Si supiera que lo han tomado por un danzante!

RIC. (A Juana María, colocando una silla frente á la máquina.) ¿Tiene usted la bondad de sentarse?

J. MAR. Muchas gracias, no estoy cansada.

RIC. No, si es que la voy á enfocar.

J. FRAN. (Aparte, muy escamado.) ¿Que la va á enfocar? ¡Ojo con éste no sea que se propase, porque estos madrileños son muy atrevidos! (Don Ri-

cardo comienza á colocar á Juana María; Juan Francisco sigue con recelo muy cómico los movimientos de don Ricardo.)

RIC. Bueno; ya está bien; luego le daré el último toquecito.

J. FRAN. (Muy enfadado.) No, poco á poco; á ésta no la toca nadie más que yo.

RIC. No, hombre; no se enfade usted, se trata de ultimar los detalles de colocación.

J. FRAN. ¡Ah, bueno! (Se coloca al lado de Juana María muy cómico; después don Ricardo le arregla.)

RIC. ¿Lo desea usted desvanecido? (Se miran con asombro.)

J. FRAN. Como á usted le parezca.

J. MAR. (Aparte á Juan Francisco.) ¿Será moda retratarse la mujer desmayada en brazos del marido?

J. FRAN. ¡Quién sabe! ¡Se ven tantas rarezas en este Madrid?

RIC. ¡Quietos! (Los retrata.)

J. FRAN. Cóbrese usted el importe y diga cuándo venimos á recogerlos.

TRIN. No tienen que molestarse: se los enviaremos en cuanto estén. (Les da el recibo.)

J. FRAN. Muchas gracias. Anda, rica, vámonos, que ya sabes tenemos que ver á la tía Ciriaca: y apropósito, estos señores quizá sepan.. ¿Ustedes no conocen aquí en Madrid á una tal Ciriaca López, pupilera, que vive en la calle de la Ternera?

PEDRO No, señor. (Aparte á Joaquín.) Este cree que esto es una agencia de informaciones.

J. FRAN. En fin, ya daremos con ella. Pues en la Posada del Peine, cuarto número veintisiete, en ésta, y en Arroyo del Puerco, Juan Francisco Borreguete y Calderilla, pueden ustedes mandarme. (Se despide de todos dándoles la mano y Trinito los acompaña hasta la puerta, muy servicialmente.)

TRIN. Vaya usted con Dios, señor Borreguete. (Mutis).

PEDRO Vaya un apellido de recién casado.

RIC. El nombre es lo de menos. ¡Hay tantos Borreguetes que se llaman de otro modo!

JOAQ. Sí que es una parejita para una rinconera.

ESCENA IV

DICHOS y DON FILOMENO

FIL. Buenos días tengan ustedes. (Aparte.) Debo haberme equivocado, y las señas son estas; pero no parece este sitio muy apropósito para estudiar.

RIC. ¿Qué clase de retrato desea usted, caballero?

FIL. No se trata de retrato; es otro el objeto de mi visita.

RIC. Usted dirá. (Le ofrece una silla.)

FIL. Vengo buscando á mi hijo Enrique Villalonga, porque he llegado esta mañana sin avisarle, y abajo en su casa me han dicho que suele subir aquí á estudiar con unos amigos.

JOAQ. (Aparte á Perico.) ¡Adiós, el padre de Enrique!

PEDRO (Aparte á Joaquín.) Lo mata sin remedio, y él dice que en su casa lo tienen por un santito.

JOAQ. (Aparte á Perico.) Y este creo que es una fiera corrupia; lo han tenido siempre en un puño.

RIC. Pues sí, señor, ya le digo á usted; aquí sube muchas tardes á estudiar con otros compañeros como estos señores. (Presentando.) El señor de Villalonga. El marqués de Rosales, don Pedro Robles. (Se saludan.)

PEDRO Ya sabe usted lo que ocurre en las fondas: ruidos, impertinencias, y aquí, por el contrario, don Ricardo es tan amable que nos brinda su casa silenciosa y tranquila para que aprovechemos el tiempo. (Aparte á Joaquín.) Bien le doramos la píldora.

RIC. Además, me sirven de compañía.

JOAQ. Verdaderamente, Enrique es un muchacho modelo.

FIL. (Con gran indignación.) Conque modelo, ¿eh? Modelo de sinvergüenzas. (Todos se asustan.) Por muy formal le teníamos nosotros y... ¡mire usted! (Mostrando una carta.)

RIC. ¿Qué es eso?

FIL. La causa de que en cuanto yo compruebe lo que aquí se me dice, le rompo el baustismo á ese bergante.

RIC. (Leyendo.) «Caballero: su hijo le engaña. Lejos de ser como usted le cree, observa una conducta indigna de una persona decente. Se ha marchado de mi casa dejándome dos deudas. Una de sesenta duros, importe de tres meses de pupilaje, que espero saldará usted en breve, y otra de honor que, ¡ay, caballero! no tiene precio para una madre, y que aunque lo tuviera, á usted le sería imposible remediar. Esperando que estas palabras encuentren eco en su alma caballerosa, queda de usted segura servidora, *Ciriaca López.*»

JOAQ. (Aparte á Perico.) ¡Qué casualidad! La tía de los paletos.

FIL. Dígame usted ahora si no tengo razón de venir á ajustarle las cuentas á ese pájaro. ¿Y por la mañana, no suele venir?

RIC. Sí, señor, algunas veces después de clase; ¿pero sabe usted dónde quizá pueda encontrarle? En el café de San Esteban, en la Glorieta de Bilbao, donde suele ir á tomar *vermouth.* (Aparte á Perico.) No se me ocurre nada más lejos.

FIL. ¡Ah! pues allí voy, á ver si por casualidad le encuentro. (Saluda y mutis.)

PEDRO ¡Gracias á Dios que se fué! ¡Buena la ha hecho Enrique; como le coja le desencuaderna!

JOAQ. Procuraremos que no le encuentre hasta que le pase á este la fiebre. ¡Y las niñas esas sin venir! ¿Quieres enseñarnos las últimas postales que se han hecho?

RIC. Con mucho gusto; vamos allá. (Llamando.) ¡Trinito!

TRIN. (Saliendo.) ¿Qué pasa?

RIC. Vamos ahí dentro: ten cuidado no venga alguien. (Mutis todos menos Trinito.)

ESCENA V

TRINITO y DOÑA CIRIACA

CIR. (Entra mirando á todas partes y busca un momento detrás de los teloncillos y por todos los rincones.) Aquí tiene que estar, no cabe duda. (Al querer entrar por una de las puertas de la derecha, Trinito, que ha seguido con la vista y todo asombrado los movimientos de doña Ciriaca, se interpone entre ella y la puerta.)

TRIN. (Aparte.) ¿Si será alguna loca? (Alto.) Señora, ¿me hace usted el favor de explicarme?...

CIR. ¿Dónde está ese canalla?

TRIN. ¡Señora, por Dios!

CIR. Sí, señor, no me lo niegue usted: es inútil que se esconda .. Si no hoy, mañana, si no mañana pasado, ese pillo me las paga. ¡Vaya si me las paga! (Dejándose caer en un diván, aprentando gran angustia.) ¡Ay, joven, soy muy desgraciada!

TRIN. ¿Pero quiere usted acabar de explicarse. con mil demonios? Yo creo que debe usted venir equivocada. ¿Desea ver á don Ricardo?

CIR. ¡Qué don Ricardo ni qué niño muerto! A lo que vengo es á verme las caras con ese sinvergüenza de don Enrique, y estoy dispuesta, ¿sabe usted? á tomar el tren mañana mismo y hablar á su familia.

TRIN. (Aparte.) ¡Anda Dios! Un lío del señorito Enrique: y cualquiera la sujeta. En fin, evitaremos lo que se pueda. (A doña Ciriaca.) Señora, le digo á usted que no conocemos á ningún señorito Enrique.

CIR. ¡Cómo que no! Si me ha dicho la portera que aquí se pasa la mayor parte del día: es inútil que usted disimule. Si ya me figuro lo que ha pasado: Habrá engatusado á su nueva patrona diciciéndole que yo á lo que venía á su casa es á conquistarlo para que volviera á la mía, y claro, ya hoy no me ha querido abrir la puerta, ¡pero yo le juro á us-

ted! ¿qué se habrá creído? Que se puede estar en una casa tres meses sin pagar y luego irse con las manos limpias y la conciencia sucia.

TRIN. (Con asombro.) ¿Pero es que además de no pagar?...

CIR. Tuvo relaciones con mi hija, y de la noche á la mañana ese chacal la dejó más plantada que uno que pierde el tren; ¿cree usted que se puede hacer esto con impunidad?

TRIN. ¡Qué pervertido! ¡Qué pervertido!

CIR. Como que me la va á pegar á mí... á Ciriaca López, con los años que llevo toreando (y usted dispense) huéspedes de dos pesetas, sin vino. Donde lo encuentre lo estrangulo. (Muy indignada.)

TRIN. (Aparte.) ¡María Santísima! (Con mucho miedo.) Pues yo le aseguro á usted que aquí, la verdad, sólo algunas noches...

CIR. Sí, vendrá de juerguecita, ó á jugarse hasta la última peseta ¿verdad? Si le conozco bien. Pues de día, de noche, dónde y cómo le coja me las paga, tan cierto como que soy de las Caldas. (Sale muy indignada.)

TRIN. Nos ha desinfestao la ola giratoria ésta. Todavía hay quien se asuste de las hienas del Retiro.

ESCENA VI

DICHO. DON RICARDO, PEDRO y JOAQUÍN. Salen por la primera derecha hablando en voz baja, como haciendo comentarios de lo que han visto

PEDRO Muy bonitas, muy bonitas postales.

RIC. ¿Estuvo aquí alguien, Trinito?

TRIN. Sí, señor. Una ex patrona del señorito Enrique. Esa que tanto le persigue. Por cierto que gasta un geniecito que ya, ya: dice que donde le coja le hace astillas.

PEDRO Pobre Enrique, el mejor día le cogen entre todos sus líos y lo van á hacer otro lío.

TRIN. Díganselo ustedes á él, porque ahí viene. ¡Y que bien acompañado!

ESCENA VII

DICHOS, ENRIQUE y HERMANAS SUSSINI

CAR. Hola, señores, ¿qué tal?

JOAQ. Perfectamente, biboletes. (Salúdanse todos.)

PEDRO (Aparte á Joaquín.) Lo que es la Carmen es un bibolete restaurado. Está más revocada que una fachada vieja. ¿Cuántos años tendrá?

JOAQ. (Aparte á Pedro.) Chico, no sé. Para decirlo de cierto hay que entender de pintura. De ese Sussini, no queda más que la colilla.

PEDRO (Aparte á Joaquín.) Que naturalmente, queda para los golfos.

ENR. (A don Ricardo.) ¿Con qué dices que ha estado aquí mi padre?

RIC. Sí, chico; pero yo le he dicho que solías ir...

ENR. (Con ansiedad.) ¿Dónde?

RIC. A la Glorieta de Bilbao. Creo que es bastante lejos. También estuvo aquí doña Ciriaca.

ENR. ¡Ah, sí, sí! Qué memoria la mía... hoy se cumple el plazo fatal, el que me dió para pagarle. ¡Y esa es capaz de cualquier cosa! Y mi padre aquí. ¡Qué porvenir tan negro! ¿A qué vendrá mi padre? ¿Se habrá atrevido á escribirle esa arpía?

RIC. Precisamente; eso ha sido. Tu padre nos enseñó su carta.

ENR. ¡Ah! ¿Conque se atrevió á eso? Pues le aseguro que no se sale con la suya. Primero soy capaz de...

PEDRO Déjalo, hombre; nosotros lo arreglaremos. Por lo pronto, procuremos alejarlo de aquí. Que no parezca por tu casa.

RIC. De eso me encargo yo. Y hablando de otra cosa. Te felicito por el buen éxito del lance. Ya me han contado éstos lo de anoche.

ENR. Sí, todos los heridos (que de allí nadie salió por su pie) estarán ya fuera de peligro. Supongo que la habrán dormido.

CAR. Son poco temibles esos desafíos, ¿verdad?... Pero á Gloria no le hacen ninguna gracia.

GLORIA (A don Ricardo.) Como que no crea usted, ya hemos tenido la muestra esta mañana.

PEDRO (Aparte á Joaquín.) Me parece que ésta tiene celos de Soledad.

JOAQ. (Aparte á Pedro.) Si se ha enterado de que ha vuelto á arreglarse con ella...

RIC. Bueno, vamos allá. (Se quitan los abrigos y quedan en traje de coupletistas.)

PEDRO ¡Olé las mujercitas! ¡Estáis para comeros!

RIC. Gloria, anda tú primero (Don Ricardo se dirige á la máquina, la enfoca, y cuando está, dice á Enrique:) Mira, Enrique, ya la tienes enfocada. (Enrique se pone en la posición de Ricardo y éste entra en la cámara obscura. Durante toda la escena siguiente Joaquín y Carmen pasan al segundo término sin separarse del lado de Enrique para que éste quede siempre en primer término.)

ESCENA VIII

DICHOS y DON FILOMENO

FIL. Ya estoy aquí. (Al entrar don Filomeno dirige Enrique el objetivo hacia la puerta y durante toda la escena sigue con el mismo los movimientos de aquel.)

ENR. (Aparte.) ¡Mi padre! ¡Me veo facturado para el Este!

PEDRO (Aparte á Gloria.) ¡Atiza! El padre de tu novio.

JOAQ. (Aparte á Carmen.) ¡Jesucristo! ¡El suegro de Gloria! (Gran estupefacción.)

FIL. Tampoco estaba allí. ¡Qué distancias y qué tranvías estos de Madrid! Todo se vuelven paradas y letreros que le prohiben á uno fumar, escupir, bajar en marcha, bajarse por detrás, subirse por delante. ¡Qué sé yo cuántas cosas! Yo he pedido permiso para sonarme al conductor, pero no me contestó. También está prohibido hablar con él. Por fin, llegué al punto de mi destino. Y todo en balde, porque á ese sinvergüenza no le conoce allí nadie. ¿Le pasará algo?

ENR. (*Aparte.*) Ahora pasa las penas del purgatorio. ¡Cualquier día salgo yo de aquí! (*A Joaquín levantando el trapo negro.*) Si no lo echáis pronto, me mata.

FIL. ¿Y don Ricardo?

PEDRO Está en la cámara obscura preparando unas placas para retratar á estas señoritas.

FIL. Creí que era ese señor de la máquina.

ENR. (*Aparte.*) Llegó el descacharren.

PEDRO No, señor, es un... ayudante de don Ricardo que está practicando en el arte. Ahora se ejercita en enfocar.

FIL. (*Aparte á Perico.*) Y esa muchacha tan guapa, ¿quién es?

PEDRO (*Aparte á don Filomeno.*) No... nadie... digo, sí. (*Aparte.*) ¿Qué le diría yo á este hombre? (*Alto.*) Pues una coupletista.

FIL. (*Aparte á Perico.*) ¿Sí? ¿Y dónde cupletea?

PEDRO (*Aparte á don Filomeno.*) En el Salón Ideal. Le advierto á usted que no tiene nada que ver con nosotros. Es una parroquiana de don Ricardo que viene á hacerse unas postales.

FIL. Pues yo voy á ver si mientras viene... (*Se sienta en una silla que habrá próxima á la de Gloria y de espaldas á la máquina.*)

ENR. (*Aparte.*) ¡Se sienta! ¡Si yo pudiera ponerme en salvo! (*Va hacia la puerta de la cámara oscura y al encontrarla cerrada busca refugio detrás de unos teloncillos y por fin vuelve á la posición primitiva. Trinito sale por la derecha y se coloca al lado de la puerta del foro.*)

FIL. ¿Conque se venderán sus postales? Compraré un ciento lo menos.

GLOR. ¿Va usted á poner un continental?

FIL. No, es que me gusta usted mucho.

GLOR. Es usted muy galante, caballero.

FIL. Qué galante, ni que continental, ni qué berengenas. Por usted soy capaz de todo.

ENR. (*Aparte.*) Anda salero, esto se va poniendo de color de mono corriendo.

ESCENA IX

DICHOS y DOÑA CIRIACA

CIR. (Aparte.) Lo que es ahora no se escapa.

TRIN. (Aparte á doña Ciriaca.) ¿Pero otra vez está usted aquí?

CIR. Claro, la portera me ha dicho que le vió subir.

ENR. (Aparte.) Es lo único que faltaba. ¿Para cuándo se indican los rayos?

TRIN. (Aparte á doña Ciriaca.) Le juro á usted que aquí no está; si le vieron entrar sería en su casa, como vive abajo. De aquí se fué hace un rato; por cierto que me encargó le dijera que estaba en el Café de San Isidro. Vaya usted en seguida. Como hoy recibió dinero de su casa, quién sabe si querrá pagarle.

CIR. En ese caso voy; pero, ¡ay de él, como pretenda burlarse una vez más! (Mutis.)

ENR. (Aparte.) Del mal el menos.

TRIN. (Acercándose á Enrique. Aparte) Me parece que sé echar un capote.

ENR. (Aparte á Trinito.) Te debo la vida. (Mutis Trinito por la derecha.)

ESCENA X

DICHOS y DON RICARDO

Enrique va á entrar en la cámara oscura y tropieza con don Ricardo

RIC. (Aparte á Enrique.) ¿Qué pasa?

ENR. (Aparte á don Ricardo.) ¡Mi madre! digo, ¡mi padre! (Mutis.)

JOAQ. (Aparte á don Ricardo.) Deme usted una placa.

RIC. ¿Para qué?

JOAQ. Verá usted. (Rapidamente va á la máquina, coloca la placa y retrata á don Filomeno y Gloria.)

CAR. (A Joaquin,) Pero, ¿qué ha hecho usted?

JOAQ. (A Carmen.) Aumentar la colección de don Ricardo con ese grupo artístico.

RIC. (A don Filomeno.) Otra vez por aquí.

FIL. Sí; allí no estaba mi hijo ni nadie le conoce.

RIC. Pues ya hoy, de venir aquí será muy tarde.

PEDRO (Aparte á don Ricardo.) Hay que echarle á todo trance.

FIL. (Aparte á Gloria.) ¿Conque no quiere usted almorzar conmigo?

GLOR. No, muchas gracias. (Aparte.) Si así pudiera salvarle...

FIL. (Aparte á Gloria) Decídase usted; yo en el café de enfrente la espero. (A todos.) Bueno, señores, voy á ver si almuerzo, que aún estoy en ayunas. (Se despide y hace mutis.)

JOAQ. (A Carmen.) El hambre lo salva.

RIC. (A Gloria.) ¿Conque le hizo á usted el amor?

GLOR. (Riendo.) Y me convidó á almorzar.

PEDRO Fíese usted de los hombres serios.

JOAQ. Pues yo en su lugar iba y aun le daba esperanza de amor eterno: porque así impediría su encuentro con Enrique.

PEDRO Y hasta le desarmabas caso de que ese encuentro se efectuáse.

RIC. Sois verdaderamente maquiavélicos.

GLOR. Lo malo es si á Enrique no le gusta.

PEDRO Eso lo arreglaremos nosotros. Anda sin perder un momento. (Mutis Gloria. Dentro se oye estrépito de cristales.)

RIC. ¡Dios mío, el trabajo de un mes.

ENR. (Sale manchado.) ¿Se fué?

PEDRO Buena te ha caído encima.

ENR. ¡No ha sido mala, no! Toda una fábrica de cristales. ¿Y Gloria? ¿También se fué? ¡Ah! pues le aseguro que se acuerda de mí. Corro en su busca. (Mutis.—Telón rápido y

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Un rincón del ambigú de un café-concert; varias mesas, sillas, divanes, etc. La derecha ó izquierda debe ser practicable indistintamente. Al levantarse el telón debe haber una ó dos mesas ocupadas y tres ó más vacías que deben ir ocupando los personajes, según lo indique el diálogo. El Camarero hace algunos preparativos.

ESCENA PRIMERA

JUANITO (camarero); después JOAQUÍN y PEDRO en traje de etiqueta

CAM. ¡Vaya una de ovaciones que les están dando á esas hermanitas! No, y como guapas, sí que lo son; ¡sobre todo esa Gloria! Es de las que duran muchos días en un cartel y trastornan muchos bolsillos. Hay que ver lo que pasa uno en estos sitios; porque á veces se ponen los dientes de á kilómetro y medio. Todo es nacer con suerte. Ahí está el señorito Enrique. El no tendrá millones, pero le le ha entrado por el ojo derecho á la Gloria y... millonario. (Entran Pedro y Joaquín.)

PEDRO ¡Hola, Juanito! ¿qué hay de bueno?

CAM. Pues ya ve usted; lo de todas las noches.

PEDRO ¿No han venido esos?

CAM. Don Ricardo está abajo; dijo que ahora subía.

JOAQ. ¿Y don Enrique, no ha venido por aquí hoy?

CAM. Hombre, eso iba á decirle, no ha parecido por aquí en todo el día. ¿Quieren ustedes algo?

JOAQ. Lo de siempre, ya sabes. (Mutis el Camarero.) ¿Dónde andará ese Enrique?

PEDRO Huyendo del padre como alma que lleva el diablo.

JOAQ. ¿Lo habrá pescado?
PEDRO No es hombre que se deje coger tan fácilmente. En fin, ya lo sabremos.

ESCENA II

DICHOS y DON RICARDO

RIC. ¡Hola, señores! Ya me ha dicho Juanito que estabáis aquí. ¿Cómo tan pronto?
PEDRO Nos han echado del Real. Cantaba la Matachini, y ya sabes lo que gallea esa mujer. Ha dejado chico á Paco Frascuelo en sus buenos tiempos.
JOAQ. Y eso que hoy ha estado amenizado aquello por un número fuera del programa.
RIC. ¿Qué ha sido ello?
JOAQ. Pues nada, Marianito Quesada, que ya sabe usted lo colado que está con la novia esa que tiene ahora. En medio del primer acto se distrajo demasiado y acortó tanto las distancias que lo notó el público, que protestaba mirando á su palco en medio de un abucheo ensordecedor. El pobre Marianito tuvo que salir por pies.
PEDRO Ese no parece por allí en lo que resta de temporada.

ESCENA III

DICHOS, SOLEDAD y el COSTURONES. Entran mirando á todos lados y se sientan en una mesa próxima á la que están los personajes de la escena anterior

SOL. Te digo que de esta noche no pasa sin que solventemos este asunto. A una mujer de mi mérito, no se la da de prima tan facilmente..
COST Pero no te acalores, nena, ó es que te has colao con el señorito ese.

SOL. ¡Qué me he de colar! Pero el amor propio es el amor propio, ¿sabes? ¿Qué hiciste tú el año pasado con la Niceta cuando lo del Legañas? (El Costurones parece no saberlo.) Sí, hombre, sí, cuando te cortaron la cara la segunda vez.

COST. Hombre, no hay que hacer símiles; las circunstancias varean. La Niceta es mi señora. ¡Pues tengo yo poquita correa!

SOL. Correa, correa; eso no es tener correa, eso es tener un almacén de curtidos. Y cuando la campaná del señor Ustaquio, ¿también tuviste correa? Porque á mí que no me digan, aquello lo sabías tú.

COST. ¿Pero qué voy á saber? El señor Ustaquio es muy formal y mu decente; tié dos garages; su mujer fué portera de don Melquiades y *pué* que tenga la mar de influencia si llega eso del bloque.

CAM. (Acercándose) ¿Qué va á ser?

COST. (Que estaba de espaldas al sitio por donde vino el Camarero, se levanta todo azorado y coge la silla con ademán agresivo. Aparte.) ¡Ah, vamos! (Al Camarero) ¿Hay callos?

CAM. (Cojeando por el pisotón. Aparte.) Desgraciadamente. (Alto.) No, señor.

COST. Bueno, pues tráigame usted un entrecote con muchas patatas.

SOL Hombre, no abuses, conténtate siquiera con café con media.

COST. Mujer, ya lo he pedido y da vergüenza.

CAM. (A Soledad.) ¿Y usted?

SOL A mí me trae usted una de coñac con seltz, porque tengo las tripas á la funerala. (Mutis el Camarero.)

PEDRO ¿Quién serán esos?

JOAQ. Yo no los he visto aquí nunca.

PEDRO El rey del petróleo no es.

JOAQ. ¡Vaya usted á saber!

ESCENA IV

DICHOS y HERMANAS SUSSINI. Entran en trajes de coupletistas igual al cuadro primero, abrigadas con una toquilla. Se supone que acaban de cantar

CAR. ¡Hola, pollitos! Del Real, ¿eh? ¿Cómo habéis salido tan temprano?

JOAQ. Pues os lo diré en secreto. Nos gustan más vuestros couplets que la lata de la Matachini.

CAR. Gracias, hombre, estás muy amable.

PEDRO Oye, Gloria. ¿Y Enrique? Cómo, ¿no ha venido todavía? ¿Lo habrá cogido el padre?

GLOR. No creo; es que estrenaba un amigo en Lara y ha ido á acompañarle.

PEDRO La verdad, que de buena se libró esta mañana.

RIC. El se libró, pero yo pagué las consecuencias. Me ha hecho cisco toda la cámara oscura.

SOL (Que hace un momento habla con el Camarero, le pregunta.) ¿De manera que Gloria dice usted que es esa?

CAM. Sí, señora.

SOL. Bueno, espere, que le voy á pagar. (Aparte al Costurones.) Por si hay que armarla, no crean que lo hacemos por no pagar.

COST. ¡Ele!

SOL. Cobre. (Dándole una moneda de plata.)

J. FRAN. No, señora. (Sonándola) Plomo. ¿Qué cree usted que no entiendo de metales?

SOL. (Dándole otra.) Bueno, tome usted y está bien.

J. FRAN. (Aparte.) ¿Qué traerán por aquí estos prójimos?

SOL. (Al Costurones.) Tú, ya sabes: aquí á la expectativa.

COST. Bueno, chica, pero á ver lo que haces, no sea que acabemos en la Comi: ya sabes que lo sentiría, porque tengo una cita dentro de media hora.

SOL Descuida, yo sé lo que hago.

ESCENA V

DICHOS, DOÑA CIRIACA y PALETOS

CIR. ¡Ay! yo estoy molida. Me parece que no podréis quejaros. Todo lo habéis visto Llevamos recorridos ya lo menos seis entre cines y cafés cantantes. Y si os enseñase todos, necesitaríamos estar aquí dos ó tres meses. Esto de los cines está en Madrid más propagao que el tifus. En fin, tomaremos algo antes de acostarnos, que entre unas cosas y otras se me ha abierto un apetito...

J. FRAN. Y á nosotros. ¡Camarero!

CAM. ¿Qué desean?

J. FRAN. Yo me tomaría un gazpachito.

CIR. Aquí no hay más que chocolate.

J. FRAN. Pues venga de eso, ¿y tú (A Juana María.) qué quieres?

J. MAR. A mí me sentarían bien unas sopitas de ajo, como aquellas que hace la tía Pelagia, pero si no hay... tomaré de eso otro.

CIR. Bueno, tres chocolates.

CAM. ¿Con media?

CIR. Sí, con media. (Fijándose en la mesa contigua.) ¡Vaya un publiquito! ¡Cielos! Aquel de la izquierda me parece que es amigo de Enrique. ¡Y con *chanteuses*! No andará él muy lejos. Como venga, yo le aseguro que le estropeo lo de las *chanteuses*.

J. FRAN. ¡Anda, si es el retratero! Estoy por convidarlo. (Hace intención y doña Ciriaca lo impide.)

PEDRO Estos son los que estuvieron esta mañana á retratarse. ¿Qué traerán por aquí? ¿Por qué nos mirarán tanto?

ESCENA VI

DICHOS y DON FILOMENO, que entra

FIL. (Entra decidido como quien viene á cosa hecha, pero queda un momento parado: por fin se decide á acercarse.) Buenas noches, señores. (Estupefacción general.) ¿Ustedes por aquí? Les extraña mi vuelta, ¿verdad? (Todos repuestos saludan.)

PEDRO (Aparte á Joaquín.) ¿Pero otra vez este hombre? Se conoce que algún alma caritativa le ha contado que viene aquí Enrique, y hasta sus líos.

JOAQ. (Aparte á Perico.) No tendrá nada de particular, y entonces sí que se ha caído.

FIL. Pues les diré á ustedes: como no he conseguido todavía ver á Enrique y nada preciso tenía que hacer, se me ha ocurrido venir á este salón por ver á estas señoritas, ya que tuve el gusto de conocerlas esta mañana.

JOAQ. (Aparte á Perico.) Me parece que á este le ha gustado demasiado Gloria.

PEDRO (Aparte á Joaquín.) Sí; á Enrique no le habrá hecho gracia, porque esta mañana bien se enteró de todo.

FIL. ¡Camarero! Traiga tres botellas de Champagne y lo que quieran estos señores.

JOAQ. (Aparte á Pedro.) ¡Atiza! este viejo se siente calavera.

PEDRO (Aparte á Joaquín.) ¡Yo estoy sobre ascuas!

SOL. (Aparte al Costurones.) ¿Qué te parece esa niña? ¡Pues no está conquistando al viejo! Y Enrique en Babia. Te digo que esa ha corrío más que la maleta de un torero.

COST. (A Soledad.) Como que toas sois iguales.

ESCENA VII

DICHOS y FLORISTA

FLOR. (A don Filomeno.) ¿Qué, acertó usted por fin con el restaurant?

FIL. Ya lo ve usted.

FLOR. (A las Sussini.) Les voy á poner unos ramitos. (Se los pone. A Pedro y Joaquín.) ¿Y ustedes no quieren una florecita para el ojal?

PEDRO Nosotros lo que queremos es que te vayas cuanto antes.

FLOR. ¡Ay, hijo, será si quiero! ¡No te pones tú poco tonto! (Aparte.) Estos cuando vienen de fraque están irresistibles.

FIL. (A la Florista.) ¿Qué te debo?

FLOR. Pues verá usted... son tres ramos... doce pesetas.

FIL. ¿Doce pesetas? ¡Qué barbaridad, ni que fueran de oro!

FLOR. Pues qué, ¿no se lo merecen esas dos caritas?

FIL. ¡Sí, caritas!... Muy caritas es lo que son las violetas. (Paga. Después la florista va hacia Soledad.)

FLOR. ¿No quiere usted unos claveles?

SOL. No, pero vas á hacerme un favor. (Habla bajo y acciona.)

FIL. (A Gloria, ofreciéndole una copa de Champagne.) ¿Pero es que no me va usted á admitir ni una copa?

GLOR. No, señor... no es eso: es que: no puedo beber nada, me hace daño en seguida.

RIC. Vamos, mujer, acéptala, que parece un desaire.

GLOR. Bueno... por complacerle. (Bebe.)

FIL. ¿No me deja usted un poquito á ver si averiguo sus secretos?

PEDRO (Aparte.) Dónde estarías tú ya, si supieras sus secretos.

FLOR. (A Soledad.) Pues yo no me atrevo á eso, si quiere usted decírselo pongáselo en un papel.

SOL. (Al Costurones.) ¿Tienes tú lápiz y papel? (El Costurones saca un pedazo de lápiz, después un papel de fumar. Soledad escribe.)

COST. (A la Florista.) Haz lo que te dicen, mujer, que no lo perderás: habrá propi.

SOL (Dando el papel á la Florista.) Espera contestación.

GLOR. (Leyendo aparte.) «Una mujer que tenga cutis no es capaz de hacer de menos á Enrique con un viejo repulsivo.» (La mira primero y luego como quien adivina.) ¡Ah, ya sé quién es! Esa debe ser la Soledad, de quien me hablaron. (Aparte á la Florista.) Dígale á esa señora que no se meta donde no la llaman. (Lo dice de manera que se entere Soledad.)

PEDRO (Aparte á Gloria.) ¿Qué, pasa algo? (Gloria le hace señas afirmativas.)

SOL. ¿Y usted qué sabe si me llaman ó no me llaman, so párvula? (Se levantan todos menos el Costurones.) Me meto porque puedo. No voy á consentir que Enrique juegue con dos barajas. Si usted es tan voluntariosa, yo no he nacido para esos papelitos. ¡La verdad!

GLOR. ¿Pero no veis?

CAR. No le contestes, chica. ¿Te vas á igualar á esa?

SOL. Pues qué más quisiera. Yo no necesito todavía darle coba á babosos como ese. (Señalando á don Filomeno. Este va hacia ella amenazador.)

FIL. Oiga usted, oiga usted, ¿qué es eso de baboso?

COST. (Levantándose de pronto.) Lo que ha dicho esa señora yo lo corroboro.

FIL. ¿Es usted su... electricista?

COST. Soy el Costurones. (Metiéndose la mano en el bolsillo interior de la americana.) Siento no tener aquí tarjeta.

CAR. Pero bueno, ¿vais á hacer caso á ese?

SOL. ¿Qué tiene ese? Sin ir de señorito, no es capaz de pasar por lo que Enrique.

FIL. Pero, ¿quién es ese Enrique? (Todos le hacen señas para que no lo diga.)

SOL. El novio de esa señorita. ¡Un caballero! En fin, él le dará más detalles, porque precisa-

mente aquí viene. (Enrique entra. Don Filomeno cae en una silla. Todos menos Enrique le rodean.)

SOL. ¡Anda la vértiga! ¡Vaya un hombre! ¡Pus no se ha desmayao!

COST. Me tié pánico.

PEDRO (Acercándose á Soledad.) ¿Pero usted sabe quién es ese? ¡Su padre!

SOL. ¡Ay, su padre! (Al Costurones.) Vámonos tú, que bastante tiene ese ya. (Al salir. Aparte á Enrique.) Ya ajustaremos cuentas.

ESCENA ULTIMA

DICHOS y ENRIQUE

ENR. (Adelantándose.) ¿Pero qué es esto, señores?

FIL. (Levantándose de pronto.) ¿Qué ha de ser? Una consecuencia de tu poca vergüenza. (Va hacia él con ademán amenazador. Don Ricardo se interpone.)

CIR. (Acercándose á Enrique y cogiéndolo por un brazo.) Lo que es ahora no te escapas, bandido.

J. MAR. ¡Socorro! ¡La tía se ha vuelto loca!

ENR. Señora, por Dios, tenga usted en cuenta que yo...

FIL. Usted es seguramente doña Ciriaca López, ¿verdad?

CIR. Yo soy, sí señor.

FIL. Recibí su carta y he venido á escarmentar á éste. (Con ademán amenazador. Don Ricardo se interpone.)

RIC. Déjelo usted, que después de todo son cosas bien disculpables en la juventud. (Aparte á don Filomeno.) Le advierto á usted que está enterado como lo estamos todos de lo de Gloria.

FIL. ¿Qué quiere usted decir?

RIC. (Aparte á don Filomeno.) Creo será suficiente sepa usted que él era el que estaba esta mañana tras de la máquina.

FIL. (Aparte.) ¡Dios mío! (Alto.) Crea usted que yo soy incapaz.

RIC. (Aparte á don Filomeno.) Conque incapaz, ¿eh? Mire usted. (Mostrándole una fotografía.)

FIL. ¿Qué es eso?

RIC. (Aparte á don Filomeno.) Una prueba... una prueba irrefutable de lo que le he dicho.

FIL. ¡Cielos! mi retrato, y con la coupletista. ¡Granujas!

RIC. Y le advierto que esta postal puede salir camino de su pueblo para que su señora se recree en esta belleza, si usted no perdona á Enrique.

PEDRO Y sabemos que la ha convidado usted á almorzar. Verdaderamente es extraño. Una persona tan seria...

FIL. (Aparte.) No tengo más remedio. (A don Ricardo.) Conste que lo hago por complacerle. (Alto á doña Ciriaca.) Bueno, tome usted, (Dándole dinero.) y confórmese por el pronto.

CIR. Esto es ponerse en razón; no, si á mí se me convence fácilmente.

ENR. (A don Filomeno.) Me dijeron que estabas aquí y he subido á pedirte perdón.

FIL. Bueno, te perdono; pero ten en cuenta que repetiré mis viajes de sorpresa.

PEDRO (Aparte á don Filomeno.) Pero no sus conquistas ó proyectos de conquista.

TODOS Muy bien hecho.

RIC. (Aparte á don Filomeno.) En cuanto á usted, justo es que sufra un castigo. Señores, ¿verdad que debe pagar cuanto Enrique rompió esta mañana?

TODOS Sí, sí, que pague, que pague.

PEDRO Y se lleve los tiestos.

FIL. Todo sea por Dios... y por una cara bonita. (Al público.)

Esto viene á demostrar
una verdad como un templo.
Aquel que quiera enseñar,
predique con el ejemplo.

FIN

ADVERTENCIAS IMPORTANTES

No es absolutamente indispensable que las hermanas Susini vistan de coupletistas; pero se recomienda á los Directores de escena se haga así siempre que sea posible, para dar mayor visualidad al cuadro.

Los paletos vestirán del modo más *charro* y *ridículo* que se pueda, así como D. Filomeno, que aunque se supone es hombre de alguna posición, debe andar algo atrasado de modas.

Los autores consienten asimismo que en el primer cuadro, cuando las coupletistas se quitan los abrigos, canten algún couplet. Claro está, que todo ello á juicio del Director Artístico.

Precio: UNA peseta